

EL SENTIDO OLVIDADO. ENSAYOS SOBRE EL TACTO

PABLO MAURETTE
EDICIONES MARDULCE, 2015.

ISBN: 978-987-3731-12-9

Tal vez el título del libro puede evocarnos imágenes y nostalgias, como provocarnos mirar fijamente la propia vida respecto de los sentidos. Pero es engañoso creer en el olvido del tacto. Pues el tacto nunca ha sido olvidado. La tradición filosófica, como las artes o la literatura, han hecho profundizaciones por las que el tacto es un tema relevante en la comprensión de lo humano. Aun cuando debemos reconocer que antes y después del viejo Aristóteles lo visual se encuentra como tema central en el conocimiento y, por ello, en los orígenes de la cultura occidental.



Y es que el tacto es más que un sentido. Ya lo decían los románticos, al hacer referencias a que este sobrepasa el sentido fisiológico, pues trata de la prudencia, de la sensibilidad respecto de lo humano o del sentido de lo común. Pero hay más: tacto, no es solo un sentido fisiológico. Podemos arriesgar, que es uno y más. ¿Acaso alguna vez no nos hemos sentido tocados por una mirada? En ese mismo riesgo, podemos decir también que esa mirada nos encuentra, nos toca, nos besa. ¿Pueden los ojos tocar como tocan los labios? ¿Pueden las manos tocar como los ojos o como los labios?

Entonces, el tacto es una sensación externa del mundo, propia de la epidermis, pero también es un relato que se construye desde el interior del cuerpo. De lo contrario, ¿cómo explicar a aquellos que, sin ojos, no siempre pueden reconocerse sin luz? Así, el tacto está en el sentido del placer, del dolor, y nos permite sentir el mundo, más allá de su exclusiva textura. Y, también, por sobre todo, actúa como presión, temperatura, intensidad, entre otras sensaciones, por las que dimensionamos el espacio, la relación con los otros y la relación

con la naturaleza. De este modo, el tacto es un sentido ineludible, imposterizable e imposible de situarlo en el olvido. Es condición de nuestro existir.

Los argumentos planteados hasta ahora pudieran parecer insuficientes, y tal vez lo sean, pues la riqueza del contenido del texto de Maurette es incuestionable. El tratamiento del tacto que nuestro autor desarrolla está pensado desde distintas disciplinas. Se cruzan en el libro la filosofía, la literatura y las artes. Pareciera indiscutible, entonces, que el texto tiene un tratamiento eminentemente estético. No solo porque los contenidos están expuestos desde esa perspectiva, sino porque la escritura, las citas y el relato del mismo contenido están escritos en una prosa envolvente, tan propia de la experiencia estética que, desde la obra de arte, declara y sugiere hablar, y, a riesgos de no poder decir, nos desbordamos en imágenes y palabras que despiertan un sentido vital.

El libro de Maurette está escrito en seis capítulos, todos ellos con títulos que, si bien dan cuenta de lo que sugieren, como es lo lógico, presentan conceptos nuevos en los que el autor trabaja desde su historia, para abrirlos a la discusión contemporánea en una inteligente relación con lo que se comprende por "tacto". Las reflexiones de este ensayo, como el mismo autor menciona, "son un refugio de las constricciones que el discurso académico propone... es una urgencia creativa y estética". Pues se trata de provocar en la racionalidad académica la desmedida que la existencia ofrece al sentir, el sentido de los sentidos. La apuesta del libro es provocar un encuentro. De este modo, el libro al que nos enfrentamos tiene más que ver con un "apretón de manos" que con un debate o discusión sobre la primera referencia sobre el tacto.

Precisamente, "Apretón de manos" es el primer capítulo del libro. En el inicio, un poema de Luxorio da cuenta del insondable sentir del tacto. El epigrama citado pone de manifiesto que el tocar es más que una cuestión de piel. Por la piel se comprende qué es la libido, que da cuenta de nuestras decisiones respecto de lo que decimos tocar. La "docta libido", como la llama el autor, es un término en el que

confluyen el anhelo y la voluntad, la afectividad y la voluntad de saber elegir. “Un tacto de ciego, pues antes de tocar existe un movimiento, un motor afectivo que mueve el tocar” (52). No obstante, en la ampliación del término tacto, el autor propone el concepto de “háptico”. Este viene del griego y significa “entrar en contacto con”, por lo que tocar ya no es solo la acción de uno por sobre otro o para otro, sino también ser tocado: “tocar es ser tocado. Sentir es sentirse”. Lo háptico sería la forma como el cuerpo, desde los distintos entrecruces de los sentidos, forma la experiencia del tacto.

“Lo háptico surge entonces para dar cuenta de un cierto tipo de sinestesia que se da entre los sentidos de la vista y el tacto, mediante la cual, mediante un banco de datos que tenemos desde que nacemos, podemos reconocer las texturas sin siquiera tocarlas” (58). La noción de háptico hoy tiene variadas significaciones, que van desde lo epidérmico a la percepción interior del cuerpo (interopercepción), o a la percepción del movimiento que constatan las distintas partes del cuerpo en busca de su equilibrio (propiocepción) y a las formas de moverse del cuerpo respecto de una percepción (cinestesia). Todas ellas vinculantes del sentido del tacto con los otros sentidos, pues todos ellos son de naturaleza afectiva, es decir, vienen de la “docta libido”. De lo anterior, el capítulo termina haciendo una riquísima lectura e interpretación de la obra de Melville “*Moby Dick*”. Uno de sus personajes describe el trabajo que con las manos realiza para producir el “espermaceti”, líquido destinado a la industria cosmética. La metáfora, que concluye “el apretón de manos”, define cómo la existencia se transforma desde las manos en el trabajo compartido, en el redescubrimiento de la afectividad, que para el existir humano es la “leche y el esperma de la bondad”. Por algo, dice Maurette, las musas que inspiraron a Melville son largas filas de ángeles, con las manos hundidas en toneles de esperma de ballena (88).

El segundo capítulo, “Seis dedos”, muestra que en un principio está Homero y en él está dios y en dios, los dioses. Hombres y dioses participan del mismo origen: la tierra. Somos hijos de Gaia, la madre tierra. Pero los dioses son inmortales, los hombres no. Así, las pasiones serán la sangre de la épica, la trama del conflicto y la complejidad del

entramado que es nuestra existencia aquí en la tierra. Lo único que queda, *in media res*, es lo que está al alcance de la mano, “aquello que vibra al compás de los seis dactilos: un símil, un epíteto, un parlamento, al que debemos aferrarnos, para seguir adelante” (91). “Seis dedos” es una expresión que nace en *La Ilíada*. Es una estructura poética, del metro, y consiste en seis dactilos (una sílaba larga seguida de dos cortas) que pueden reemplazarse por dos sílabas largas. Este vínculo de la métrica con los dedos de la mano, se remonta a los albores de la poesía misma. El sistema métrico propuesto dice cómo los dactilos (dedos) nos mantienen al ras de piso en medio del conflicto en la *in media res* de nuestra existencia. Una actitud que más que del tacto háptico, dice del óptico. Y es que *La Ilíada* es un texto eminentemente háptico, pues desde las entrañas del conflicto humano permite mirar y sentir una contracción, una sístole de racionalidad en la construcción de la sociedad. Nuestro autor dirá: “propia del dactilo del arte, de sumergirnos en la fragua del conflicto, para elevarnos a la creación de un mundo que tiene relieve. Así el mundo no es solo lo que podemos mirar en él o mirarnos en él, sino lo que podemos tocar. “Y lo tocamos” termina diciendo Maurette (121).

“En pedazos” abre el ensayo del tercer capítulo del texto, esta es una expresión que proviene del relato con el que comienza este ensayo. Se trata de una de las formas de ejecución que existió en China –el *lingchi*–, y que consistía en despedazar en frente de los ciudadanos al hombre que había cometido delito. Se trataba de una ejecución reservada a quienes cometían crímenes aberrantes, despedazando el cuerpo del criminal para anular la integridad somática. Al ser el cuerpo humano una integralidad de partes, el *lingchi* pretendía acabar con esa creencia, evidenciado que el cuerpo es débil, frágil y contingente (125). Todo lo anterior para llegar a examinar a un poeta condenado por el *Índex librorum prohibitorum*; Tito Lucrecio en *De rerum natura*. El poeta, en el segundo libro de la obra mencionada, reflexiona sobre el placer del conocimiento. Gracias a la filosofía el hombre debe dejar de temer a la muerte y a los dioses. “Observar desde la lejanía produce placer”, agrega Maurette (129). Claramente, la filosofía atómica y epicúrea de Lucrecio nos sitúa otra vez en el carácter háptico del tacto. Pues él explica que ha impregnado su conocimiento con las mieles

de la poesía épica. El verbo con el que explica esto es *contingo*, que es un compuesto de *tangere* (tocar) y la preposición *cum*, que dice de contagio. El renacimiento se ve tocado por Lucrecio y cómo no si el poeta es un materialista, sensualista y háptico puro: “Todo siente y sentimos todo en grandes, medianas y pequeñas proporciones. Todo nos toca, somos tocados por todo y nada es intocable, ni siquiera el alma, ni siquiera los dioses” (133). El tacto háptico no es tan solo el motor de la sensibilidad, sino que está en los cimientos de la ontología lucreciana. Que toda la realidad es material y que la materia es indivisible y reductible a unidades mínimas –esos átomos por lo que algo es tocado y se transforma en cuerpo”, desdice hasta la ridiculez la integridad somática por la que el *lingchi*, trataba de poner en el olvido los horribles crímenes cometidos.

El capítulo cuarto “Elementos de filematología” (voz griega *file*: beso) inicia con un epígrafe que da cuenta de lo que viene. Es un poema de 1770 de *Claude-Joseph Dorat*. El poeta celebra los juegos afables por los que muchos ejercen su desprecio, pero tal es el deleite de las almas sensibles, por ejemplo, un beso. Digámoslo como el autor: la piel de los labios es una de las más sensibles del cuerpo; “un hidrostato muscular complejísimo e hipersensible, es el órgano que combina los sentidos del gusto y del tacto” (159). Para *Kierkegaard*, el beso que tiene una real importancia en la filosofía es el beso erótico. El filósofo, al considerar el placer sensual del beso, propone una seguidilla de clasificaciones de besos, por los que en el carácter háptico del tacto concluye que este sentido no es solo epidérmico, sino también tiene una condición espiritual. El beso es una cuestión tanto del cuerpo, como con el alma.

En el texto prosiguen muchos autores en los que el beso fecunda una instancia por el que el sentido de la vida se percibe como el momento de la proyección o el momento de la muerte. De este modo el beso siempre enseña, pues en él cada uno aprende a dar y recibir, tal y como ocurre en el ejercicio del conversar, pues se reconocen iguales un tú y un yo. La horizontalidad permite la amistad, la solidaridad y el compromiso. Es por eso que muchas veces se dirá, tal como lo hace

el poeta Giambatista Marino, que desde el beso todos quisiéramos transformarnos en el beso mismo (188).

“Contacto en Francia” es el título del quinto capítulo. Francia es el espacio por excelencia de lo háptico. La referencia a las noches amorosas entre Lancelot y la reina de Ginebra inundan la obra. Solo los cuerpos que se tocan, se rozan, se buscan, se besan y se encuentran, para construir el espacio propicio de la creación poética. La creación poética es la experiencia por la que todo se transforma, por la que el mundo se vuelve una tierra a conquistar, no para dominarla, sino para convivir. Esa experiencia poética da origen también a las narrativas existenciales ocultadas por la modernidad de Descartes o Galileo, quienes, desde el oclocentrismo, cubren el mundo vivido y sentido con un manto de ideas que lo vuelven cuantificable y conmensurable (201). Francia es el contacto, además, donde el epicureísmo y el cristianismo forjan la síntesis de la experiencia humana desde la carne. Ya no se trata de la sombra en la que vive la epidermis, sino ella misma como la virtud de todas las profundizaciones sobre el cuerpo y el alma, provocadas por dos grandes de la fenomenología francesa: Michel Henry y Maurice Merleau-Ponty.

Por último, el capítulo sexto “Una cuestión de piel” confirma el profundo sentido de la piel como forma de conocer, reconocer, conocerse y reconocerse. El autor cita a Nietzsche para indicar que la piel es la primera y última capa por la que descubrimos la ruta o el camino del conocer. Desde la piel incluso nos ubicamos en el territorio en el que es posible decir de nosotros mismos, bajo la pregunta de quién soy. El recorrido sobre la piel atraviesa la historia de la filosofía, las artes y la literatura. Mirar la piel dista mucho de considerar al hombre solo desde la epidermis. “El hombre moderno, dice Joyce, pareciera ser solo epidermis y no alma”. No se equivoca Joyce, pues casi acongojados por una modernidad que, hasta nuestros días, solo vive del *quantum*, impulsa a seguir insistiendo en el conocimiento del gran misterio que es el hombre. Y decir que “es una cuestión de piel” nos ubica en ese desafío: el hombre es a su piel, como su piel a la interioridad. La carne y el alma comparten vivamente los días en los que el hombre

no cesa de hurgar, desde lo sensible y el tacto, lo que de vida hay en lo que vivimos.

El libro de Pablo Maurette, nos sumerge en una reflexión que requiere permanentemente ser actualizada. ¿Es posible hoy una filosofía que prescindiera del tacto? ¿Puede la piel llevarnos a las profundidades del misterio que significa ser hombres? Más aún hoy, ¿qué perspectivas de encuentro, de diálogo y conversación nos sitúan en el hacernos cargo de la cuestión del tacto, para comprometernos con el hombre, la mujer, la tierra y el mundo?

Precisamente, porque hoy vivimos en un mundo o en una sociedad cada vez más dada a la frecuencia del olvido, de la indiferencia y de la demolición de significados, se hace necesaria –y por qué no urgente– una educación y reflexión del y desde el tacto. Sean las artes, la literatura o la filosofía por las que podamos mirar y significar la vida, la de otros, la de la tierra, desde el tacto. Pues, será desde el tacto que podremos descubrir que la profundidad de nuestros sentidos vitales también se debe a una “cuestión de piel”.

Dr. Nelson Rodríguez Arratia¹

¹ Dr. en Filosofía por la Universidad de Chile y Magister en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es académico de la Escuela de Filosofía de la Universidad Católica Silva Henríquez. Contacto: nrodriguez@ucsh.cl
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4878-1374>